

Cuento

La corsario
Rigoberta
y el Capitán
Mostachón

*Libro mágico
de la
Navidad Alisios*

alisios 

El Libro de la Navidad
puede contener erratas,
como *isleno* en vez de *isleño*,
pero no contiene errores;
y no es por echarnos flores,
en cuestión de magia o sueños.
¡Si hay cuentos de piratas,
es porque son navideños!

El Capitán Mostachón
era un temible pirata
con espada de hojalata
y pistolas de cartón,
que había ganado su mote
por el frondoso bigote
de color rojo escarlata
que en su propio camarote,
cada día, sin excepción,
cepillaba con tesón,
con un cepillo de plata
que guardaba en un arcón.

El Capitán Mostachón
comandaba una fragata,
poderosa cual tifón
y veloz como vencejo.
De lo bueno lo mejor
y de ahí lo superior.
Un barco que era un primor
y asaltaba sin complejos
a cualquier embarcación
que desde el palo mayor
el vigía Nicanor
viera con su catalejo.

Cien cañones a babor
y otros tantos a estribor.
En la popa un gran arpón
de oxidado hierro viejo,
y en la proa un espolón,
como una enorme alcayata,
que cumplía la función,
necesaria pero ingrata,
de pinchar sin compasión
a un navío o un galeón
para, a continuación,
abordarlo con gracejo.

Sin lugar a discusión,
era su tripulación,
de los mares, la más fiera.
No se enrolaba cualquiera
en la flamante fragata
del Capitán Mostachón.
Para ganar su favor,
debían tener valor
y la puntería certera,
y suficiente sesera
para no abusar del ron
o del licor de patata.

Estaba el contramaestre,
que tres veces por trimestre
pillaba una insolación.

Y también el condestable,
con pericia inigualable
contando la munición.

Y un montón de marineros,
de piel dura como el cuero
y carácter bravucón.

Y al timón, doña Beatriz,
que jamás tenía un desliz
en temas de navegación.

Y el cocinero de a bordo,
que en un caldero muy gordo
hacía sopa de tiburón.

Y un doctor muy despistado,
que curaba resfriados
con tiritas y algodón.

Y en el trinquete, el grumete,
que olía a salmonete
porque no usaba jabón.

Y Nicanor, el vigía,
en el mástil todo el día
con su mirada de halcón.

Y un guacamayo malayo,
que miraba de soslayo
desde el hombro del capitán.

Pero, entre tanto pirata,
nadie había reparado
en que había un polizón
escondido en algún lado.
Una corsaria novata,
ojos grandes, nariz chata
y boquita de piñón;
que, por culpa de un ciclón,
un buen día había naufragado
justo en el mismo atolón
donde tenía enterrado
su tesoro Mostachón.

Se llamaba Rigoberta
y era muy lista y sensata.
No quería a los piratas
enfadar con su intrusión,
por miedo a ser candidata
a abandonar la fragata
con forzoso chapuzón.
De día se escondía en un cañón.
De noche subía a cubierta,

silenciosa como gata,
en busca de algún bocata
de sardinas o jamón.

Hasta que, en una ocasión,
al ver la despensa abierta
y dentro un roscón de nata,
la polizón Rigoberta
dejó que su lado glotón
tomase la decisión
de entrar por aquella puerta
sin ninguna precaución,
asumiendo que desierta
debía de estar la habitación.
¡Se zamparía el roscón
y culparían a las ratas!

Y así empezó Rigoberta
a comer roscón de nata,
masticando boquiabierta
con verdadera fruición.
Y para beber, horchata,
que en toneles había a espuestas.
La habían comprado de oferta:
dos doblones por galón.
La cuestión es que el roscón
tenía dentro un haba puesta,
y, al morderla, Rigoberta
aulló a causa del dolor.

Primero, pensó Rigoberta
que nadie la había escuchado,
que quizás se había salvado
de un aprieto aterrador,
pero unos gritos airados
la sacaron de su error.
Había sido descubierta
por el vigía Nicanor,
que con sus ojos de halcón
la había visto tras la puerta,
y al resto había llamado
gritando a pleno pulmón.

Cinco minutos después,
ya rendida y desarmada,
y atada de manos y pies
con un cordón de nilón,
Rigoberta era acusada
de ser una polizón
en un juicio en el que el juez
era el Capitán Mostachón,
y ella su propia abogada.
Y el jurado, en una grada,
elegido a mano alzada
entre la tripulación.

Rigoberta, muy asustada,
temblando cual palanquín
cuando sopla Septentrión,
decidió no callar nada
y explicó su situación
de manera detallada.
Les habló del ruin tifón
que hundió su bergantín,
y de cómo fue un delfín,
con sonrisa de pillín,
quien la llevó al atolón
entre olas encrespadas.

También de su decisión,
no del todo meditada,
de al barco de Mostachón
colarse bien camuflada
en la funda de un violín
que encontró por ahí tirada,
mientras la tripulación
cavaba en el atolón.
En baúles de satín
con candados de latón,
enterraban el botín
de las naves saqueadas.

Y les habló del cañón,
oscuro como el hollín,
donde dormía apretujada
a falta de mejor opción.
Sin colchón, sin almohada,
sin tan siquiera un cojín.
Pero su gran confesión,
la que a la tripulación
hizo jurar en latín,
fue admitir con un mohín
que tenía la tripa hinchada
por acabarse el roscón.

Una vez finalizada
su larga declaración,
por las dudas asediada
y cansada del trajín,
de ser rea y abogada,
ahora Yang y luego Ying,
Rigoberta, agotada,
y aún manipediada,
se echó una cabezada
en mitad de la sesión.
Dormía como un querubín,
roncaba como un dragón.

Del sueño al rato la extrajo
un frío chorro de sifón
que un pirata muy guasón
le lanzó con desparpajo,
y que la dejó empapada
de la melena al refajo,
por orden de Mostachón,
que la quería despejada
para oír su decisión,
pues el jurado en la grada
ya había hecho su trabajo
con la deliberación.

Veo que mi suerte está echada,
Rigoberta, resignada
pensaba, y no sin razón.
Y se dijo por lo bajo,
por tirar de latinajo,
que siempre mola un montón,
¡alea iacta est y ajo!
Momentos de expectación
para rea y tripulación
y para un escarabajo
que seguía los altibajos
del juicio desde el timón.

Y, entonces, de sopetón,
Mostachón sacó su espada,
de cartón pero afilada,
y le lanzó una mirada
del color del pipermin.
Rigoberta, muy callada,
esperaba lo peor,
pero cuál fue su estupor
cuando, con dos estocadas
con filo de puercoespín,
cortó el cordón que la ataba
sin mayor complicación.

Para ser un cincuentón,
el Capitán Mostachón
estaba hecho un figurín.
No tenía ni un michelín
debajo del cinturón,
donde se aprestó a enfundar
su espada antes de dictar
sentencia de absolución
para la joven polizón,
y pelillos a la mar.
Protestó algún que otro gruñón,
pero no hubo motín.

En el ronco vozarrón
del Capitán Mostachón
había cierto retintín
cuando dijo a Rigoberta:
“Suelo dar al polizón
el trato de al que deserta.
En cualquier otra ocasión,
con razón o sin razón,
tus problemas a mí plim,
vas directa al trampolín,
y de allí a una suerte incierta
y se zanja la cuestión”.

“Pero estamos en Navidad
y, aunque cause estupefacción,
no hay en mi tripulación
nadie que no lo celebre.
Es tiempo de felicidad
y seguimos otras leyes,
hechas de amor e ilusión
y de risas de pesebre;
las de un señor muy bonachón,
que prefiere el trineo al quad
y de tres mágicos Reyes
que a los malos dan carbón”.

¡Estaban en Navidad!
¡Menuda revelación!
Tantos días de oscuridad,
escondida en el cañón,
que del tiempo la noción
Rigoberta había perdido,
cual peluca en tempestad.
Ahora tenía más sentido
lo del enorme roscón
y que del palo mayor
colgaran luces de color
brillando con intensidad.

Rigoberta, estupefacta,
no sabía qué decir.
No podía describir
su sentir de forma exacta.
Y, en lugar de darle al pico
con una larga explicación,
decidió que un villancico
podía ser la solución.
Y acertó plenamente,
¡toda la tripulación
se apuntó inmediatamente
a cantar en orfeón!

Demostrando don de gentes,
el capitán Mostachón
se sumó a la celebración
cantando a pleno pulmón.
¿Y Rigoberta? Al timón,
poniendo rumbo a poniente.
Y así se cerró el acta
de aquel juicio en alta mar.
Una historia de piratas
y navideña a la par.
Una historia un tanto abstracta
que en verso había que contar.

Fin

Título original: La corsario Rigoberta y el Capitán Mostachón

Autor: Aitor Guezuraga

Propietario: Herdomisan S.L

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante venta, alquiler o préstamos públicos.